

sentía como si todos aquellos pecados y errores se hubiesen filtrado a través de su cuerpo, y un dejo de laxitud y de tristeza sedimentaba en su alma.

Cada mañana aquel diluvio de pecados caía sobre su cabeza y angustiaba su corazón; cada tarde el Jordán, lento y tétrico, como si enfermara del impuro contacto, arrastraba sobre sus ondas turbias aquel cieno de mentes y de almas, para ir a descargarlas sobre las aguas oleosas y negras del Mar Muerto, donde el asfalto, pesado y oscuro, se cargaba de miasmas extraños.

* *

Para aquella tarde Juan tenía una faena acerba: muchas gentes llegaron desde el día anterior, en busca de aliento y de luz, pero también numerosos escribas y fariseos que venían a sondear al Profeta; a ver si era temible; a ver si urgía derribarle y de qué manera se haría con certeza y sin riesgo. *¡Raza de víboras!...*

La tarde era fresca, y anunciaba un crepúsculo rico de gracia y de color. Ya una nube ancha y densa iba ascendiendo desde el ocaso, y tiñéndose mientras subía, de un matiz de cobre fundente, que al reflejarse sobre la tierra, envolvía todas las cosas en una luz dorada, como de rosas gualdas marchitándose. Los espinos, bañados en aquella cálida luminosidad, parecían astas metálicas y sus saetas, erizadas en la corteza, eran como dardos de fuego próximos a volar en todas direcciones.

Sobre los riscos, los cardos azules se transformaban lentamente en grandes y trémulas violetas, y los escuetos cactus de verde indeciso, enternecían su pétrea corteza con un verde claro y apacible, como el de los tallos de un platanal en la hora del alba.

Del otro lado del Jordán llegaban hondos y quejumbrosos los gemidos de las palomas silvestres, y el murmurio del agua desmayándose de piedra en piedra, musitaba una plegaria que era más de suspiros que de palabras.

De pie, sobre una peña que surgía de un cinturón de espumas, a breves pasos de la orilla, Juan hablaba del Reino, ya inminente.

—¿Qué pensais qué ha de pedir el Mesías? ¿Sacrificios de animales? ¿Guardar el sábado estrechamente, y ayunos rigurosos como está mandado en la Ley? No, las cosas literales de la Ley vosotros las cumplís de sobra, y las cumplís sin dejar de prevaricar y sin dejar de ser codiciosos y soberbios. Vosotros, sobre todo, Doctores de la Ley, sois maestros en ayunos y sacrificios y en orar públicamente, y así también sois maestros en despojos y en iniquidades. De cierto, no os valdrán ahora vuestras fórmulas y abluciones. Si entráis en el Reino, será por la puerta de la misericordia y de la suavidad de corazón. Oídllo, y retenedlo bien: no hay más que esta senda para entrar en el Reino: dar la mitad de vuestro pan a quien no tuviera ninguno, y si tenéis dos túnicas, dar una a quien se halle desnudo.

Después, fué glosando con patéticos términos las invectivas de Isaías:

—El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; sólo vosotros no conocéis el bien, y carecéis de entendimiento!

¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos! De nada servirá castigaros una vez más, porque una vez más os rebelaréis. Por eso es que en Judá toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, no hay nada ileso en este pueblo; todo son heridas, hinchazón y podridas llagas!

¿Qué me importa a mí, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? Harto estoy de holocaustos de carneros y del humo de animales grasos, y ansioso de compasión y de misericordia.

¡No quiero más sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos! ¿Quién demandó eso de vuestras manos, cuando viniésteis a hollar mis atrios? No puedo sufrir más vuestros vanos presentes; ya vuestros perfumes me son abominables; ya no puedo sufrir vuestras solemnidades y ceremonias ni vuestras oraciones sin fin. ¿Para qué alzáis vuestras manos a mí, si están manchadas de sangre?

Id, lavad la iniquidad de vuestras obras; restituid al despojado; haced justicia al huérfano; amparad a la viuda. Pero ¿qué habéis de hacer, si vuestros príncipes y vuestros jueces son prevaricadores y compañeros de ladrones? Todos aman las dádivas y corren tras de las recompensas; no tienen oídos para el huérfano, ni llega a ellos la causa de la viuda...

Pero ya la segur está puesta a la raíz del árbol, y todo árbol que no tenga buen fruto será arrojado al fuego. Y entonces, ¡ay de vosotros, generación de víboras! Los menos castigados quedaréis como el olmo cuando se le caen las hojas, o como un huerto si le faltan las aguas...

Por eso os digo: si no queréis ser raídos como la podre que se rae de la llaga, enderezad los caminos del Señor; bajaos de vuestra soberbia, y ensalzaos a los que yacen abajo, asentados en sombra de muerte. Partid el pan con los hambrientos, y el vestido con los desnudos; abrid vuestra puerta al peregrino, y perdonad su deuda al desvalido.

Porque el Reino se acerca. Porque el Mesías viene ya con pasos presurosos a tomar posesión de su Reino... Ya se escucha el eco de su voz y el pisar de sus sandalias. Viene como nube cargada de rayos y de tinieblas, para los prevaricadores y para los que amontonan riquezas, y como estrella del amanecer para los que caminan limpios y humildes por sus caminos. A estos ha de glorificar, apartándoles a su lado, como el trigo que se halló bueno en la era. A los otros, espigas vanas o cizañas devoradoras, consumirá con fuego que nunca ha de extinguirse.

¡Oid y atended! Porque ¡ay de aquellos que clerran sus oídos a esta voz que clama en el desierto:... el Mesías viene ya... El reino de Dios está próximo...!

* *

Calló Juan. Estremecimientos de inquietud sacudían al corazón de las turbas, y sin pensarlo, muchos volvían la cabeza inquietando en el horizonte a ver si apareciera el Mesías y otros aguzaban el oído a ver si distinguían lejanamente el eco de sus pasos.

Pero todo estaba solitario y callado. Un silencio apacible descendía de las alturas, apenas subrayado por el gemido de las torcaces invisibles. El río encrespaba sus espumas, como si él también se apercebiera a ir al encuentro del Mesías. En lo alto, la nube de cobre fundente se había cambiado en un desmadejamiento de plata, y los cardos, los espinos y las arenas se volvían relucientes y claros, como si todos entraran en una nueva aurora, pasando suavemente de las tristezas de la tarde a las claridades y ternuras del amanecer.

Diríase, en verdad, que una nueva vida comenzaba, y que el Mesías entraba ya en su Reino...

Juan, hirsuto, ceñudo, bajó del pedrón desde el cual había proferido sus amenazas, atravesó la franja hervorosa de las aguas, y fué, lento y grave, a través de las turbas, que se abrían temerosamente a su paso, como se abren las espigas al impulso del viento... Juan se alejaba.

Ya cerca de su tienda, una voz le hizo detenerse.

—¿Rabí?

Se volvió. Alguien le seguía. Era un joven alto, erguido, sereno, de ojos profundos y de sonrisa melancólica. Una barba sedosa ovalaba su rostro, y una aureola de cabellos finos y ondeantes caía sobre sus hombros amplios.

La mirada serena del joven y la mirada tormentosa de Juan se encontraron... Juan se estremeció... Todas las intuiciones de su ser, concentradas como por una lente, se enfocaron en sus ojos para escrutar al desconocido, y en el fondo de su corazón oyó resonar una voz que parecía el eco de sus propias palabras: «el Mesías ya viene...; ya se escucha el eco de su voz y el pisar de sus sandalias...»

Pensativo y como azorado, permaneció unos instantes contemplando al desconocido... Luego, sin preguntarle nada, alzó la diestra, trazó en el aire un signo misterioso y dijo conmovido: —Venid, Rabí.

Los dos maestros entraron en la tienda.

A. MASFERRER

(El Día, San Salvador).

